

las que tomamos á Jerusalem, Mausourah, Túnez, Milan, Florencia, Nápoles y Argel.

Luego se añadirá á esta divisa, que se procurará observar mejor que el rey Guillermo de Holanda lo ha hecho con la suya :

Deus dedit, Deus dabit.

Y tendríamos sencillamente el blason mas bonito de la tierra.

LA CATEDRAL.

Nuestra primera visita fué á la catedral.

El arzobispo Engelberg, por sobrenombre el Santo, fué quien concibió, hácia 1225, la idea de hacer construir una catedral; pero Conrado de Hochsteden, su sucesor, fué quien habiendo resuelto en 1247 pasar de la idea á la ejecucion, hizo ir al primer arquitecto de la ciudad, y le mandó edificase un monumento que sobrepujase en arquitectura religiosa á todo lo mas hermoso que hasta entonces se habia hecho. Ponia á su disposicion para conseguir el objeto, el tesoro del cabildo, uno de los mas ricos del mundo, y las canteras del Drakenfels, la mas alta de las siete montañas.

Era esta una de esas proposiciones que vuelven loco á un artista, así aquel á quien se habia dirigido el digno prelado salió del palacio arzobispal

dudando aun de estar encargado de tan gloriosa empresa; no obstante, forzoso le fué creerlo, porque en el mismo dia Conrado le envió un saco lleno de oro para los primeros gastos.

El arquitecto á quien se habia dirigido el digno prelado era modesto como un hombre de genio; así, resolvió visitar las mas bonitas iglesias de Alemania, Francia é Inglaterra antes de comenzar la suya. Fué, pues, á ver al arzobispo y le pidió permiso para hacer su viaje. El arzobispo se lo concedió, á condicion de que en el término de un año estaria de vuelta. El artista solicitó, pero en vano, algunos meses mas; ese fué todo el plazo que pudo obtener, tan deseoso estaba el arzobispo de ver poner su proyecto en ejecucion.

Pasado un año volvió el arquitecto, mas indeciso que nunca. Tenia ya fija su idea mística acerca de su obra, es decir, que queria que el monumento tuviese dos torres para recordar que el cristiano debe levantar sus dos brazos al cielo; que contase doce capillas en memoria de los doce apóstoles; que fuese edificada en forma de cruz, á fin de que los fieles no olvidasen ni un momento el signo de su redencion; que el coro estuviese un poco mas inclinado á la derecha que á la izquierda, porque Jesucristo inclinó la cabeza al lado derecho al morir; en fin, que el tabernáculo recibiese luz por tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene

de Dios. Pero esto no era, se puede decir así, mas que el alma del monumento; quedaba aun su cuerpo, su forma, es decir, la traduccion visible de ese pensamiento religioso, tan poderoso en la edad media que hizo germinar cual la savia toda una vegetacion de granito: esta forma era, pues, la que el arquitecto buscaba por la mañana, por la noche, á todas horas y por todas partes donde se encontraba.

Ahora bien, una tarde que el arquitecto, soñando siempre en su plan, habia pasado mas allá de las murallas sin notarlo, y llegado á un sitio del paseo llamado la Puerta de los Francos, se sentó en un banco, y con la punta de su baquetilla comenzó á trazar en la arena fachadas y perfiles de catedrales, borrándolas antes de concluir las porque todas le parecian incompletas y mezquinas al lado del suntuoso monumento que los ángeles edificaban en su imaginacion; en fin, á fuerza de diferentes tentativas, acababa de obtener un conjunto lleno de grandeza y majestad, que miraba ya con cierta satisfaccion, cuando oyó tras de sí una voz estridente que decia:

— ¡ Bravo ! amigo, hé ahí exactamente la catedral de Strasburgo.

El arquitecto se volvió y vió en pié detrás de él con la cabeza casi apoyada en su hombro, un anciano de barba cortada en punta como la de un

judío, ojos hundidos y centellantes y sonrisa sardónica, vestido con un traje negro de tal modo ceñido á sus miembros, que se hubiese podido tomar por la piel de un negro mas delgado que él, y con la que se hubiera hecho un vestido. Tal como se presentaba á nuestro arquitecto, el anciano no tenia aspecto para inspirarle una viva simpatía: mas como su observacion era exacta, y como el artista acababa de reconocer que creyendo inventar habia recordado, en vez de defender su obra, respondió suspirando: « Eso es verdad. » Luego borró su obra casi sin terminarse, y volvió á comenzar otra. Mas apenas la baquetilla habia grabado sobre la movable lámina las primeras líneas de otro edificio, la misma voz áspera, acompañada de la misma sonrisa sardónica, exclamó:

— Perfectamente, ahí teneis exactamente la catedral de Reims.

— Sí, sí, murmuró el artista, mejor hubiera hecho en no salir de aquí ni ver nada, porque no hay nadie verdadero creador mas que Dios.

— Y Satanás, murmuró el anciano con una voz que hizo estremecer al arquitecto.

Mas como un solo y eterno pensamiento le absorbía, borró de nuevo las desventuradas líneas, sin inquietarse por el timbre metálico de aquella voz, y continuó de nuevo su tarea. Hacia un cuarto de hora que se mecía dulcemente en la ilusion que

provocaba al advenedizo, quien murmuraba á su oído: Bien, muy bien, perfectamente, cuando el panegirista le hizo volver en sí de repente:

— ¿Habeis viajado mucho, á lo que parece?

— ¿Porqué?

— Porque despues de haber atravesado la Alsacia y visitado la Francia, habeis vuelto por Inglaterra.

— ¿Quién ós lo ha dicho?

— El diseño de esa iglesia, que es la de Cantorbery.

El artista exhaló un profundo gemido. La crítica del anciano era terrible, pero verdadera. Borró, pues, el monumento con el pié, y cediendo á un movimiento de impaciencia, se volvió hácia el anciano, y presentándole su baquetilla:

— ¡Pardiez! mi maestro, le dijo, vos que sois tan buen crítico, ¿no podiais unir un poco el ejemplo al precepto, enseñándome á vuestra vez lo que sabeis hacer?

— Con mucho gusto, dijo el anciano, tomando la baquetilla, y siempre con su sonrisa.

El arquitecto quiso cederle su puesto, pero él, haciendo la señal con la cabeza de que no aceptaba, se apoyó con una mano en el hombro del artista, y con la otra comenzó á trazar sobre la arena nuevas líneas, á la vez tan atrevidas, tan elegantes y tan correctas, que el artista exclamó al punto:

— ¡Ah! ya veo que somos hermanos.

— Dí, respondió el anciano haciendo un gesto, que tú eres estudiante y yo maestro.

— Estoy dispuesto á confesarlo, respondió el artista con la buena fe del genio; pero seria preciso que yo viese para eso alguna cosa mas que líneas aisladas. El detalle no es nada, el conjunto es el todo.

— Eres bueno, y se puede hacer de tí alguna cosa, dijo el anciano; pero no me agrada hacer mas.

— ¿Porqué? dijo el arquitecto.

— Porque cogieras mi plano.

— ¿Tambien teneis que edificar una catedral?

— Espero hacer una.

— ¿Cuál?

— La de Colonia.

— ¡Cómo! ¿la mia?

— ¿La tuya?

— Sin duda, la mia.

— Sí, si das un plano.

— Daré uno.

— Y yo tambien: monseñor Conrado elegirá entre los dos.

El arquitecto palideció.

— ¡Ah! exclamó el desconocido gesticulando; esto te alarma, colega: ¿temes verte obligado á devolver el saco de oro que te ha enviado el arzobispo, y que exceptuando cien escudos has gastado

en hacer inútilmente tu viaje por Francia é Inglaterra?

El arquitecto miró á su rededor, vió que anoche-
cia y que estaba solo con el anciano.

— Escucha, le dijo, no sé cómo has sabido que no me quedan mas que cien escudos del adelanto que me ha hecho monseñor Conrado; pero acaba el dibujo que habias comenzado, y esos cien escudos son para tí.

El anciano prorumpió en una carejada, y sacando de su vestido una bolsita de cuero, la abrió é hizo ver al artista que estaba llena de diamantes, de los que el que menos valia mil escudos de oro.

El arquitecto suspiró profundamente, porque vió que no habia medio de corromper á aquel hombre; así que permaneció inmóvil y consternado, porque á su pesar reconocia en el arquitecto extranjero una extraña é incontestable superioridad en su arte. En tanto, el anciano habia añadido negligentemente al plano comenzado algunas líneas tan maravillosamente atrevidas, que el arquitecto se convenció de que estaba perdido si tenia que luchar con semejante hombre. Entonces, delirante, fuera de sí, resolvió apoderarse por violencia de lo que no habia podido obtener por la corrupcion, y cuando el otro se detenia de nuevo y le miraba con su risa burlona, le cogió por el brazo, y apoyándole su puñal en el pecho:

— ¡Anciano! le dijo, acaba ese plano, ó muéres!

Apenas había pronunciado estas palabras, se sintió cogido por el cuerpo y derribado hácia atrás, apoyándose una rodilla en su pecho, y su propio puñal arrancado de su mano, brillaba sobre su garganta.

— ¡Ah! ¡ah! dijo entonces el anciano rechinando los dientes, corruptor y asesino! bueno, bueno; todavía hay alguna recolección de almas que hacer en este mundo, según parece.

— ¡Matadme! dijo el artista, no os burleis de mí.

— ¿Y si no quiero matarte?

— Entonces, dadme vuestro plano.

— Estoy pronto, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Primero levántate, dijo el anciano dejando á su enemigo, á quien hasta entonces había tenido derribado en tierra, y volviéndole su puñal; estamos mal así para hablar, sentémonos.

Y el extraño hombrecillo se sentó en el extremo del banco, con una pierna sobre la otra, y las dos manos cruzadas sobre su rodilla, mirando al pobre arquitecto, que avergonzado se levantaba, y sacudiendo el polvo que habían cogido sus vestidos, permanecía en el mismo sitio.

— Veamos, aproxímate, le dijo el anciano, bien ves que no te tengo rencor.

— Pero ¿quién sois? exclamó el arquitecto.

— ¿Quién soy? ¡Y bien! voy á decírtelo.

El artista se aproximó un paso, su curiosidad pudo mas que su terror.

— ¿Has oído hablar, le dijo el anciano, de la torre de Babel, de los jardines de Semíramis y del Coliseo?

— Sí, le respondió el artista sentándose junto á él.

— ¡Pues bien! soy yo quien lo ha construido.

— ¿Entonces sois Satanás? exclamó dando un salto el pobre artista.

— Para servirte, dijo Satanás con su eterna gesticulación.

— *Vade retro!* dijo el arquitecto haciendo la señal de la cruz.

La comenzada risa terminó en un rechinamiento de dientes; brilló un relámpago, la tierra se abrió como un escotillon, y el demonio desapareció.

EL PADRE CLEMENTE.

El arquitecto volvió á su casa y encontró á su madre anciana que le esperaba para cenar. Pero no quiso ponerse á la mesa, y tomando un lápiz y papel, comenzó á intentar fijar algunas de aquellas líneas fugitivas que habia visto salir á influjo de la baquetilla de Satanás.

La buena mujer fué á acostarse deshecha en lágrimas: desde que habia vuelto de sus viajes, no conocia á su hijo, tan inquieto y atormentado estaba, y tanto le cambiaban á sus ojos aquella inquietud y aquel tormento.

El arquitecto pasó toda la noche tirando líneas y borrándolas. Habia en aquel plano misterioso del que habia entrevisto un ángulo, un género de atrevimiento fantástico al que no podia llegar. Al amanecer, abatido y fatigado, se arrojó sobre su lecho;

pero el sueño, en lugar de ser para él un descanso, le causó un nuevo suplicio. Se despertó medio loco, y corrió á la iglesia de San Jerónimo, á la que tenia una devoción especial.

En cuanto llegó á ella, se detuvo ante el pórtico. Era una iglesia romana del siglo XI, pequeña y tosca, construida por el arzobispo Annon, en el sitio del antiguo templo de Santa Elena, y que se parecia mas á una tumba que á una iglesia. Entonces no pudo menos de pensar en la diferencia que habia entre aquellas torres aéreas, aquellas flechas agudas y aquellas columnatas atrevidas que el dia ante habia visto salir de la baquetilla mágica de Satanás, y la maciza fábrica bizantina que tenia ante los ojos. Así que olvidó completamente que habia ido para orar, y echó á andar hácia adelante sin saber dónde iba, preocupado con su única y eterna idea.

Así anduvo errante todo el dia; á la noche, sin que pudiese acordarse del camino que habia seguido, ni darse cuenta de cómo se encontraba allí, se halló fuera de la puerta de los Francos, en el paseo y junto al banco donde la víspera habia estado sentado. Era ya entrada la noche; el paseo estaba solitario, y solo un hombre, del mismo modo que él, habia quedado extramuros. Era este el anciano. A primer golpe de vista el artista le reconoció y se aproximó á él.

Estaba en pié ante la muralla, y con una vara de acero, dibujaba en la pared. Cada uno de sus trazos era una línea de fuego, que desaparecía poco á poco, de modo que á medida que el plano magnífico avanzaba, la parte hecha primero comenzaba por debilitarse y acababa por extinguirse. Tanto que era imposible á la vista seguir las nuevas líneas, y á la memoria recordar las antiguas; el arquitecto anhelante vió pasar así ante sus ojos, en sus menores detalles, una catedral fosfórica que al cabo de un instante se perdió en la oscuridad, pero cuyo conjunto le hubiese sido imposible reproducir.

Exhaló un profundo suspiro.

— ¡Ah! ¡ah! eres tú, dijo Satanás volviéndose. Te esperaba.

— Héme aquí, respondió el arquitecto.

— Sabia que no nos habíamos indispuerto. Mira, he corregido el plano. ¿Qué dices de este pórtico.

Y pasando de nuevo su baquetilla por la pared, produjo en ella la triple puerta de una basilica de fuego.

— ¡Magnífico! dijo el arquitecto no intentando siquiera disimular su entusiasmo.

— ¿Y de esta torre? continuó Satanás repitiendo el mismo juego.

— ¡Espléndida!

— ¿Y esta nave?

— ¡Maravillosa!

— ¡Y bien! todo eso es tuyo, si quieres.

— ¿Y qué exiges en cambio?

— Tu firma.

— ¿Y me darás tu plano?

— En toda propiedad.

— Haré todo lo que quieras.

— ¿Mañana á media noche?

— Mañana á media noche.

Satanás desapareció sin que pudiese saberse de qué lado habia partido, y el arquitecto volvió á la ciudad.

Su anciana madre le esperaba como el dia antes; tampoco ella habia comido. El arquitecto se puso á la mesa, y desde luego esta demostracion tranquilizó algun tanto á la pobre mujer; mas no tardó en comprender que su hijo obedecia pura y sencillamente á una necesidad física, pero que su imaginacion estaba tan lejos de su cuerpo, que aquel no tomaba parte alguna en lo que el otro hacia.

Cada vez mas preocupado, el arquitecto se levantó de la mesa y se retiró á su habitacion; su madre no se atrevió á seguirle allá, pero se sentó en el umbral, á fin de estar pronta si necesitaba alguna cosa.

Por algun tiempo le oyó suspirar y rezar; pero como hasta allí no habia nada de alarmante, se guardó muy bien de entrar. Luego él se acostó. Por mucho tiempo aun, le oyó dar vueltas en su

lecho; despues tuvo un instante de reposo, al que sucedieron lamentos y gemidos. Por fin la pareció como que disputaban en la alcoba; se oyó un ruido semejante al de una lucha; esta lucha provocó gritos ahogados. La pareció que su hijo pedia socorro. Entonces entró, creyendo encontrarle batiéndose con algun asesino. Estaba solo y soñaba, gritando con toda su fuerza:

— ¡No, no, Satanás! no tendrás mi alma.

Al oír aquel nombre terrible, la pobre madre hizo la señal de la cruz sobre la frente misma del que dormía, lo que le calmó algun tanto al parecer; en seguida se puso en oracion al pié de la cama, ante una hermosa Madona de colores brillantes, que habia dado á su hijo un peregrino que llegaba, de Constantinopla. A medida que la oracion avanzaba, el sueño del arquitecto se hacia cada vez mas tranquilo; en fin, cuando estuvo concluida, su respiracion era suave como la de un niño.

Al dia siguiente se levantó bastante tranquilo, y habiéndose puesto al balcon para respirar el aire de la mañana, vió salir á su madre vestida de luto: vióle ella y se dirigió á él.

— ¿Dónde vais así, madre mia? preguntó, ¿por qué vais toda de negro?

— Porque hoy es el aniversario de la muerte de tu padre, y voy á San Jerónimo á mandar decir al cura una misa por las almas del Purgatorio.

— ¡Ay, ay! murmuró el arquitecto, no habrá ni misa ni oraciones que puedan sacar mi alma del abismo en que estará.

— ¿No quieres venir conmigo? preguntó la buena mujer.

— No, madre mia; pero si veis al anciano padre Clemente, enviádmelo; es un santo varon, y me satisfaria mucho consultarle un caso de conciencia que me atormenta.

— Dios te conserve tan santas intenciones, hijo mio; porque, ó me engaño, ó el enemigo de los hombres te cerca.

— Id, madre mia, dijo el arquitecto.

La buena mujer se alejó, y el artista quedó pensativo al balcon. A los pocos momentos vió al anciano padre Clemente que volvia la esquina de la calle, y que se dirigia hácia la casa. Cerró el balcon y le esperó.

El anciano fraile entró: era como lo habia dicho el arquitecto, no solo un santo varon, sino un hombre instruido que habia arrancado de las garras de Satanás un número grande de almas próximas á perderse. Pero como vivia en un perpetuo estado de inocencia y pureza, por mas deseo que tuviese el diablo de volverle el mal que le hacia, siempre le habia sido imposible, y por violentas que hubiesen sido las diferentes luchas que habia tenido que sostener con él, siempre habia salido vencedor; de

modo que Satanás se habia roto tan frecuentemente las garras en aquel santo hombre, que hacia largo tiempo no se metia con él, y le dejaba tranquilamente ganar el Paraíso.

Era por tanto tan experto el religioso en esta clase de materias, que en cuanto dirigió los ojos al arquitecto, viendo sus facciones marchitas y con señales de insomnio, juzgó del alma por el rostro, y exclamó:

— ¡Oh, hijo mio! vos teneis malos pensamientos.

— Sí, sí, murmuró el arquitecto, sí, muy malos pensamientos, padre mio; así que os he hecho llamar para que me ayudeis á combatirlos.

— Contadme todo, dijo el fraile sentándose.

— Padre mio, ya sabeis que estoy encargado por el arzobispo, monseñor Conrado, de edificar la catedral.

— Sí, lo sé, y no podia dirigirse á mas digno arquitecto.

— Os engañais, padre mio, respondió el artista bajando la voz como si fuese vergonzosa la humillante confesion que la verdad le obligaba á hacer; he compuesto planos sobre planos, y acaso entre todos habia algunos que hubiesen sido dignos de ciudades secundarias, tal como Worms, Dusseldorf ó Coblenza; pero el que ha compuesto un plano digno de nuestra ciudad de Colonia, continuó el ar-

quitecto dando un suspiro, es otro que no yo, padre mio.

— ¡Ah! dijo el fraile, ¿y no hay medio, pues, de comprarle por oro?

— Le he ofrecido todo lo que tenia, y me ha respondido enseñándome una bolsa llena de diamantes.

— ¿No hay medio tampoco de cogérselo por fuerza? dijo el fraile, que en su deseo de ver á Colonia convertirse en la reina del Rhin, se dejaba á su pesar arrastrar mas allá de los límites de la caridad cristiana.

— He querido cogérselo por la fuerza, padre mio, pero me ha derribado en tierra como á un niño, y me ha puesto al pecho mi propio puñal.

— Pues qué, ¿no le quiere ceder con ninguna condicion?

— Sí tal, pero con una sola, padre mio.

— ¿Cuál?

— La de que le entregue mi alma.

— ¿Luego ese otro arquitecto es Satanás?

— Es Satanás.

— ¿Y dices, respondió el fraile, sin que al parecer le admirase el nombre terrible que acababa de pronunciar el artista, que esa catedral haria de Colonia la maravilla de Alemania?

— La reina del mundo, padre mio.

— ¡Jesús! exclamó el santo hombre uniendo sus manos y elevándolas al cielo.

En seguida volviéndose al arquitecto :

— ¿Tienes en mucho tu alma? le preguntó.

El arquitecto miró al fraile sin admiracion, porque comprendia, estando próximo á vender su eternidad él mismo, cuán poco debia valer la eternidad de otro á los ojos de un hombre que veia, por precio de aquella eternidad, convertirse su ciudad en la mas bonita de la tierra.

— Padre mio, le dijo, sin duda la considero como un don que viene de Dios y que hubiera querido devolver á Dios, mas sin embargo, estoy dispuesto á sacrificarla, si ese sacrificio puede hacer de mí el primer arquitecto del mundo.

— Mejor quisiera, dijo el fraile, verte hacer ese sacrificio á Dios que á tí mismo. Pero, sea cualquiera el motivo que te arrastre, como de ello debe sacar provecho la religion, saldrá á tu socorro. Sin embargo, guárdate del orgullo, porque el orgullo es lo que te perderá.

— ¡Cómo! exclamó el arquitecto, ¿podré tener el plano sin condenarme?

— Acaso.

— ¿Y cómo es eso, padre mio? decidlo pronto.

— Has ensayado la corrupcion y la fuerza; te falta la astucia.

— La astucia! padre mio. ¿Olvidais que la Escritura llama á Satanás el Astuto?

— ¡Oh! por ladino que sea, no seria la primera vez que con el auxilio de Dios, un pobre fraile le habria vencido. San Antonio, que tuvo que habérselas con él toda su vida, ¿no concluyó por triunfar? ¿San Bernabé no le cogió la nariz con unas tenazas candentes? En fin, los magistrados de Aix-la-Chapelle, ¿no le dieron el espíritu de un lobo en vez del alma de un hombre?

— Verdad es, dijo el arquitecto.

— ¡Pues bien! dijo el fraile, ven á confesarte y comulgar en la iglesia de San Jerónimo, y cuando estés en estado de gracia, te diré lo que tienes que hacer.

El arquitecto siguió al padre Clemente, se confesó y comulgó. Luego, despues que hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, le llevó el fraile á su celda y le entregó una reliquia cuya santidad y poder le habian sido demostrados por mil experiencias que habia hecho con ella.

— Tomad, hijo mio, le dijo, tomad esta reliquia, y esta noche cuando Satanás os enseñe el diabólico plano, cogedle con una mano como para examinarle despacio, mientras él lo tenga con la otra; tocadle entonces la mano con esta reliquia, y por mas deseo que tenga de retenerlo, os respondo de que lo soltará. En este caso, no os asuste nada: auullará, amenazará, dará vueltas en derredor vuestro, hacedle siempre frente con la reliquia, y nada

temais. Dios es mas fuerte que Satanás, y Satanás se cansará el primero.

— Pero, padre mio, dijo el arquitecto, ¿y cuando ya no tenga yo la reliquia, no hay peligro de que Satanás vuelva y me retuerza el pescuezo?

— No, mientras esteis en estado de gracia; pero guardaos de estar en pecado mortal.

— Entonces, exclamó el arquitecto, me he salvado, padre mio, porque ni soy gloton, ni envidioso, ni avaro, ni perezoso, ni colérico, ni lujurioso.

— Habeis olvidado el orgullo, hijo mio, libraos del orgullo; este es el que perdió al mas hermoso de los ángeles, y puede perderos á vuestra vez.

— Vigilaré sobre mí, dijo el arquitecto; además, acudiré á vos, padre.

— ¡Que el Señor te guie, hijo mio! murmuró el anciano dándole su bendicion.

— ¡Amen! dijo el arquitecto, y se retiró á su casa, donde pasó el resto del dia en oracion.

A la hora convenida fué al sitio indicado por el diablo; mas el paseo estaba solitario; por ninguna parte se veia anciano, hombre, ni niño. Se paseó el artista un instante solo, temiendo que el diablo faltase á su palabra. Entretanto dieron las doce de la noche. A la última campanada del mazo:

— Héme aquí, dijo una voz llena y fuerte que hablaba detrás del arquitecto.

Volvióse este estremeciéndose porque no conoció

en aquella voz la que le era familiar. En efecto, no solo Satanás habia cambiado de voz sino de forma. No era ya el anciano de ojos chispeantes, de barba puntiaguda y traje negro; era un bello jóven de veinte á veinte y cinco años, de formas perfectas, rostro altivo, frente ancha y pálida, marcado aun con el rayo del cielo. Tenia en una mano el plano, y el artista retrocedió un paso, deslumbrado con aquella infernal belleza.

— Esta vez te reconozco, le dijo, no tienes necesidad de decir tu nombre: eres el demonio del orgullo.

— ¡Y bien! le dijo Satanás, ya ves que no te he engañado, ¿estás pronto?

— Sí, dijo el arquitecto; pero antes de firmar, enséñame el plano; te pago bastante caro para tener derecho de saber lo que compro.

— Es muy justo, dijo Satanás, mira.

Y desarrollando el plano, se le presentó sin soltarlo.

El arquitecto hizo entonces lo que el fraile le habia dicho. Bajo el pretexto de verlo mas cerca, tomó el pergamino por la parte inferior mientras Satanás le tenia por arriba; y mientras que á la luz de la luna le devoraba con la vista, deslizó el otro brazo por debajo y tocó con la santa reliquia la mano con que el diablo tenia el plano.

Este abrasado hasta el hueso, dió un salto hácia

atrás lanzando un terrible grito, y dejando el precioso papel en manos del arquitecto :

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, exclamó el artista haciendo la señal de la cruz con la reliquia, retirate, Satanás.

Este lanzó un horroroso rugido.

— Es un sacerdote quien te ha aconsejado, esa es una astucia de iglesia, es alguna nueva jugada de ese miserable fraile.

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, continuó el arquitecto redoblando sus señales de cruz.

— Espera, espera, no está todo concluido.

En el mismo instante el arquitecto vió delante de sí un enorme leon que se sacudia con la cola el cuarto trasero, y que se disponia á devorarle con la boca abierta descubriendo los dientes.

Mas no se dejó intimidar por el leon; el furioso animal sacudió su melena, dió saltos y vueltas en derredor suyo; pero él le presentó sin cesar la santa reliquia, de modo, que rechazado constantemente, el leon concluyó por retroceder. El arquitecto se aprovechó de este momento para hacer la señal de la cruz. El monstruo lanzó un rugido y desapareció.

En aquel momento oyó el arquitecto un estrepitoso ruido de alas sobre su cabeza. Una águila de inmenso tamaño se cernia sobre él en el espacio, y

nublaban la luna sus desmesuradas alas; pero se convenció de que era Satanás que iba á atacarle bajo una nueva forma, y oprimiendo siempre con una mano su plano en el pecho, con la otra le presentó á la reina del espacio la reliquia bendita.

Sucedió al águila como al leon. Despues de haber volado á su alrededor, de haber intentado aplastarle á aletazos, deshacerle con sus garras y desgarrarle con su pico, comprendió Satanás que nada lograba ya bajo aquella nueva forma. La gigantesca ave lanzó un graznido y desapareció.

Creia el arquitecto estar libre al fin de su enemigo, cuando vió una masa que se movia en la oscuridad; era una colosal serpiente que desarrollaba sus mil anillos y se aproximaba silbando; tres veces se enroscó sobre sí misma al rededor del arquitecto, encerrándole en un triple círculo de escamas, mientras que enderezando su vacilante cabeza buscaba con sus ojos de fuego el sitio donde clavar la bifurcada llama que salia de su boca; pero sus anteriores combates habian ya familiarizado al artista con aquellas luchas fantásticas, y el sagrado talisman, despues de haberle librado del leon y del águila, le preservó de la serpiente, que exhaló un prolongado silbido y desapareció á su vez.

Entonces Satanás se volvió á presentar al arquitecto bajo su primera forma.

— Está bien, le dijo, soy vencido y tú triunfas, gracias á tu Dios, tus sacerdotes y tus religiosos. Pero esa iglesia que me has robado, no se terminará, y tu nombre, que quieres hacer inmortal, será olvidado y desconocido. Adios, guárdate de que te sorprenda en pecado mortal.

Dichas estas palabras, Satanás dió un salto desde el sitio donde estaba hasta el Rhin, donde se sumergió y desapareció con un ruido semejante al que hubiese producido un hierro candente.

El arquitecto sumamente gozoso, volvió á entrar en la ciudad y fué á su casa, donde encontró á su madre y al padre Clemente en oracion. Les refirió todo lo que habia pasado. La pobre mujer lloraba y hacia la señal de la cruz; el buen fraile se frotaba las manos y aplaudia su astucia. El artista dijo cuál habia sido la despedida de Satanás.

— ¡Y bien! dijo el fraile, el diablo es todavía mas leal que lo que yo creia, puesto que te ha prevenido; ahora á tí te toca guardarte, y apartarte de todo pecado mortal. Por última vez te digo, que te guardes del orgullo.

El arquitecto prometió que estaria vigilante, y el fraile salió para volver á su convento, dejándole el hombre mas feliz de la tierra. La madre se retiró tambien, no comprendiendo mas que á medias todo lo que habia pasado, pero feliz con ver á su hijo dichoso.

Habiendo quedado solo el artista, sin dejar el plano que habia faltado poco para que pagase con su alma, se arrodilló, é hizo oracion por largo rato para dar gracias á Dios por el auxillio que le habia prestado; en seguida se acostó despues de haber metido arrollado bajo la almohada su plano, se durmió, y vió en sueños su catedral.